

## la crónica roja en bogotá

william ramírez tobón \*

### antecedentes del género

La Crónica Roja es, pese a su aparente concreción como género periodístico, un asunto polémico y ambivalente. El término, que en el mismo español tiene dos variantes -Crónica Roja y Sucesos- si bien alcanza en algunos idiomas nociones más o menos equivalentes (*cronaca* en italiano, *chronicle* en inglés, *Tagesneuigkeiten* en alemán) en otros como el ruso (*proischetsvie*) y el francés (*faits divers*) resulta difícilmente traducible sin recurrir a una dispendiosa perífrasis.

Ha sido la cultura francesa la que con su habitual refinamiento conceptual ha logrado darle al tema un tratamiento cercano al de los grandes géneros literarios. Ya en la primera mitad del siglo XIX, los *faits-Paris* o *canards* que representaban los rumores, las “bolas” que se ponían a circular entre las gentes con su ambigua mezcla de verdad y fantasía, llamaron la atención de Balzac. Pero es en el último tercio del siglo XIX, cuando los *faits divers* hacen su entrada ilustre en la lengua francesa con Mallarmé, quien publica, bajo el título de *Grands faits divers*, “textos que al lado de alusiones sobre el escándalo de Panamá nos hablan de hechos tan diversos como la Magia del Verbo y la confrontación del Poeta con el

---

\* Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional.

Trabajador manual”<sup>1</sup>. No será sino mucho después, en 1954, cuando gracias a unas breves notas de Merleau-Ponty se tendrá una nueva semblanza de los *faits divers* al calificar como tales tanto el hecho testimonial de él mismo haber presenciado el suicidio de un hombre en una estación de tren en Italia, como el drama leído en un periódico o los *petits faits vrais* de Stendhal<sup>2</sup>. Diez años después, en 1964, Roland Barthes tratará de definir la estructura de los *faits divers* como unidades dotadas de una información total, inmanente, que al contener en sí todo su saber no remiten a ningún otro conocimiento externo para explicarse a sí mismos y ser lo que son: estructuras cerradas que le dan al consumidor, mediante su lectura, todo lo que es posible darle. Para Barthes es la inmanencia de tal estructura cerrada lo que define a los *faits divers*. Pero ¿qué pasa dentro de ésta? Un ejemplo, el más sencillo posible, nos lo dirá, según Barthes: “acaban de hacerle la limpieza al Palacio de Justicia. Esto no tiene mayor importancia. No lo habían hecho desde hace cien años. Esto es un *fait divers*”<sup>3</sup>.

No obstante los imaginativos esfuerzos por definir este tipo de acontecimientos sobre los cuales la prensa escrita reivindica una celosa maternidad, habría que reconocer con algunos franceses que a sus *faits divers* se les puede encontrar en cualquier momento de la historia humana. Es lo que muestra Romi en su antología de sucesos extraordinarios recogidos desde la Edad Media hasta la época contemporánea, selección de encantamientos, crímenes, impresionantes incidentes y monstruosidades, o la de Pierre Seguin sobre el siglo XIX, poblada de grandes catástrofes, de animales fantásticos, de crímenes de pasión, de sueños y pesadillas populares<sup>4</sup>. Y no podría ser de otra manera, pues como lo dijo con gracia Pierre Viansson-Ponté, dado que la historia de la humanidad comenzó por la sustracción fraudulenta de una manzana, continuó con un fratricidio y casi llega a su fin por una catástrofe meteorológica como la del diluvio, no tiene nada de extraño que los *faits divers* puedan reflejar la vida y la imagen de las sociedades<sup>5</sup>.

### **el caso colombiano**

En Colombia, la aparición y desenvolvimiento del género han llegado a vincularse a un solo nombre. Gabriel García Márquez, por ejemplo, llamó a Felipe González Toledo “el inventor de la crónica roja”. Este Felipe, nacido en Bogotá el 27 de julio de 1911 y fallecido en la misma ciudad el 31 de agosto de 1991, comenzó su actividad periodística a fines de los años treinta en el *Diario Nacional* y *La Razón* para vincularse después a *El Liberal*, donde le asignaron las noticias de policía. Fue en *El Espectador* y la revista *Sucesos* donde desarrolló y culminó su característica visión periodística.

Es muy poco probable que González Toledo hubiese conocido las elaboraciones teóricas e historiográficas que en Europa circulaban alrededor de ese periodismo montado sobre insólitos hechos cotidianos y aún bajo la sospecha de medrar gracias a la vulgaridad y el sensacionalismo. No dejan de ser llamativas, sin embargo, algunas convergencias entre su

---

<sup>1</sup> AUCLAIR, Georges, *Le Maná Quotidien, structures et fonctions de la chronique des faits divers*, París, Editions Anthropos, 1982, p. 10.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> BARTHES, Roland, “Structure du fait divers”, en LECERF, Maurice, *Le faits divers*, Larousse, París, Idéologies et sociétés, 1981, pp. 156-157.

<sup>4</sup> ROMI, *Histoire des faits divers*, París, Editions du Pont-Royal, 1962 y SEGUIN, Pierre Seguin, *Nouvelles à sensation. Canards du XIX siècle*, Coll. Kiosque, 1959.

<sup>5</sup> LECERF, Maurice, *op. cit.*, p. 11.

personal itinerario profesional y lo que en el continente europeo ya era un género periodístico con una importante base de lectores. De entrada se advierte la deliberada relación del cronista con la literatura, ya que desde su temprana vocación de escritor se decidió por la reseña policíaca como una actividad en la cual podía combinar estilo e imaginación. Pensó, según sus propias palabras, que allí “podía jugar un poquito a la imaginación y desarrollar un estilo [...], a la noticia aplicarle una técnica distinta [...], una conformación agradable [...] no para falsear los hechos [puesto que a tal] imaginación le apliqué un gran sentido de responsabilidad”<sup>6</sup>.

González Toledo no era, como puede verse por sus propias palabras, un receptor pasivo de la realidad. Había en él la preocupación por darle a su trabajo un sentido distinto al del simple reflejo de los eventos externos, por dotarlo de significados existenciales y de compromisos éticos. A él no le gustaba el término de “crónica roja”. Coincidiendo con quienes desde el continente europeo rebasaban el marco restrictivo de los hechos de sangre, indicaba que la denominación le parecía “cruda” y “deliberadamente despectiva”. Sobre la base de que la crónica roja falseaba la noticia dándole apariencias espectaculares, González Toledo proponía el término alternativo de noticias de policía. ¿Por qué? Porque la primera denominación le parecía cruda y despectiva mientras que en la segunda “la esencia humana de la noticia se mantenía: los pecados de las personas, el que coloca su vida al borde del abismo...”<sup>7</sup>. Pero, aún más, para nuestro cronista las historias de policía daban la posibilidad, por su carácter socialmente expresivo y las numerosas claves de poder en ellas contenidas, de hacer la historia grande, la que con mayúsculas se escribe desde la academia. Por eso tuvo el proyecto de “escribir diez años de historia que iban del 43 hasta cuando Rojas tomó el poder. Diez años de historia montada sobre historias de policía”<sup>8</sup>. Nada más claro que esta idea, por desgracia nunca realizada, para revelar el estatuto literario, sociológico e histórico que Felipe González Toledo le daba a su trabajo.

Es entre 1956 y 1962, en *Sucesos*, exitoso semanario de crónicas y reportajes que con una circulación de 60.000 ejemplares llegó a ser la mejor revista de su tipo publicada en el país, cuando González Toledo, como codirector de la misma, parece darle la más cumplida forma a su concepción del género. El nombre de la nueva revista, el mismo que en el vespertino de *El Espectador* cubría las páginas de la información judicial y policíaca, anticipa el sentido que Georges Auclair le dará en 1970 al término cuando, al buscar las afinidades en otros idiomas para los *faits divers*, observa que “si en español el plural *sucesos* puede servir para designar los mismos, en el singular el *suceso* se refiere más a un “acontecimiento”<sup>9</sup>, en la connotación que este último tiene como “hecho histórico”, es decir, importante, dentro de la historiografía convencional.

Una selección de *Sucesos* a partir de los títulos de las crónicas permite apreciar el carácter multidimensional de la revista. “Locura e intriga en el asesinato y proceso de Jorge Eliécer Gaitán” de Felipe González Toledo, “Tras el fugitivo número uno de América” y “Condenados a veinte años por crimen que no cometieron” de Gabriel García Márquez, “El ‘loco’ Galvis halló la paz donde lo esperaba la muerte”, de Plinio Apuleyo Mendoza,

---

<sup>6</sup> ALAPE, Arturo, “Felipe González Toledo: maestro de la crónica policíaca”, en *Magazín Dominical, El Espectador*, Bogotá, enero 12 de 1992, p. 7.

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> AUCLAIR, *op. cit.*, p. 13.

“León de Greiff, poeta subversivo” de Juan Lozano y Lozano, “La vida ‘íntima’ del caballo Triguero”, de Germán Pinzón, “El pleito por el ‘hijo’ colombiano de Josefina Baker”, de José Guerra, “Se suicida amante imaginario de Gabriela Mistral”, de Arturo Escobar Uribe, “Los negros despiden a sus muertos con canciones”, de Manuel Zapata Olivella, “Joven pobre sueña con la gloria taurina”, de Santiago Iriarte Rocha, “El atropello de la dictadura en la Plaza de Toros de Santamaría”, de Carlos Villar Borda. Un esquema muy parecido al que defendería en 1978 una autorizada voz del periodismo mundial, Michel Villeneuve, jefe de redacción de *France-Soir*, “la gente se hace una falsa idea sobre los *faits divers* ya que los asocian generalmente con la imagen del crimen pasional: en realidad estos sucesos son, pese a muchos de sus contenidos, una explosión de vida. Ellos se producen cuando dos caminos, normalmente paralelos, se cruzan y se chocan”<sup>10</sup>.

### **la crónica roja en bogotá**

La distinciones precedentes entre “crónica roja”, “historias policiales” y “sucesos” permiten revelar la amplitud del debate sobre un género periodístico que pese a la ambigüedad de sus confines y a la variedad de sus contenidos no deja de registrar, por encima de todo, las singulares e inesperadas explosiones de vida en el curso aparentemente regular de la existencia humana. Pero la crónica roja es mucho más que el testimonio de un hecho que pide ser comunicado por su condición de ruptura de la continuidad cotidiana. Hay en ella mediaciones, no siempre transparentes, que lastran la aparente inmediatez del relato. La crónica roja hace parte, sin que para ello se lo proponga de modo explícito, de una institucionalidad disciplinaria orientada a homogeneizar y normalizar la conducta según patrones de comparación y diferenciación que integran o excluyen los comportamientos individuales<sup>11</sup>. Esa misma institucionalidad hace que el escritor de tales noticias, sin que tampoco se lo proponga de modo explícito, se convierta mediante la verdad de sus propias pesquisas, en un conjuer de las verdades y sanciones procesales buscadas por la justicia de cada sociedad. Es portador, quiéralo o no, de una verdad extra-procesal cuyo fallo de inocencia o culpabilidad no deja de tener importantes connotaciones sociales y aún jurídicas. De todas maneras, al absolver o culpar, el género policíaco logra participar de ese arte del castigo que según Foucault diferencia a los individuos entre sí según reglas de conjunto por seguir, y mide “en términos de valor las capacidades, el nivel, la ‘naturaleza’ de los individuos”<sup>12</sup>. La crónica roja sería, en fin, uno de los miradores del Panóptico social, figura esta que nos permitimos derivar del Panóptico de Bentham empleado por Foucault, construcción en anillo poblada de celdas en cuyo centro hay una torre con dos ventanas, una al interior y otra al exterior, cuyo juego de contraluces le permite a los vigilantes observar, individualizados y visibles, a los confinados. Y que tiene tanto la capacidad de amplificar el poder público como de elevar el nivel de la moral colectiva.<sup>13</sup>

El Panóptico social: conjunto de espacios segregativos poblado por todos aquellos que en algún momento rompieron la normalidad y el orden de una sociedad que se autorreproduce gracias a sus miradas y aparatos disciplinarios. Aun cuando algunas de esas segregaciones son compartidas por todas las sociedades según una tabla general de la ley, la del asesino y el ladrón por ejemplo, la principal característica de la estructura panóptica es su

---

<sup>10</sup> LECERF, Maurice, *op. cit.*, p. 37.

<sup>11</sup> FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1978, p. 188.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 187.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 203, 211.

relatividad social e histórica. El Panóptico social en Colombia, para hablar ya de nuestro caso concreto, es una construcción conformada según los tipos, formas y número de exclusiones impuestas por el también histórico y cambiante estatuto de normalidad pública y privada. Y es la crónica roja uno de los indicadores más expresivos de ese polivalente y dinámico universo de excluidos sociales.

A pesar de que el anterior postulado no puede desarrollarse en los estrechos límites de la presente antología policíaca, se selecciona a continuación una serie de crónicas rojas en el sentido más judicial del término, restringida a Bogotá, y en un largo período comprendido entre comienzos y mediados del presente siglo, sin dejar de lado algunas indicaciones sobre su entorno social e histórico.

### *1. las tres primeras décadas del siglo*

Las precarias estructuras físicas, económicas e institucionales de Colombia parecían dismanteladas después de la guerra transcurrida entre 1899 y 1902. La administración del general Rafael Reyes, de 1904 a 1909, fue decisiva para la reconstrucción socio-económica e institucional del país, efectos visibles en sus principales ciudades y por consiguiente en la capital. El establecimiento del ministerio de Obras Públicas, pilar de su proyecto infraestructural de nuevos y mejores caminos, carreteras y redes férreas, representa la idea modernizadora del Presidente como una integración de los inconexos territorios y economías locales a nivel nacional. La fuerte intervención del Estado sobre la infraestructura urbana provoca importantes efectos arquitectónicos al dejar numerosos edificios institucionales que consagran a Rafael Reyes como la figura más importante de la arquitectura republicana en sus últimos 30 años de desarrollo.

En cuanto a Bogotá, el progresivo movimiento de expansión urbana que fue acompañando el curso inicial del siglo XX, se hizo sobre el movimiento de tierras congeladas hasta entonces en el tradicional uso rural o semi-rural característico del siglo precedente. La aparición del tranvía de mulas, primero, del eléctrico después, estimuló la construcción de viviendas a distancia del centro de las ciudades o de los lugares de trabajo, “así como la rápida absorción de núcleos urbanos periféricos que habían conservado su aislamiento, como fue el caso de Chapinero, en Bogotá”<sup>14</sup>. Pero la distribución interna de la ciudad continuó siendo, por lo menos hasta 1930, básicamente concéntrica:

“... en el centro de la ciudad, superponiéndose a la centralidad colonial, alrededor de la plaza mayor [Plaza de Bolívar], y a lo largo de un eje principal, la carrera Séptima, se asentaban las actividades administrativas y comerciales. Los estratos más altos se ubicaban en las inmediaciones centrales, en parte del tejido colonial y en una corona que rodeaba las actividades administrativas y comerciales. Los sectores populares se localizaban en una aureola exterior, rodeando a la ciudad en prácticamente todos los sentidos. Hay que anotar que una buena parte de los sectores populares, que consistían en personal de servicio doméstico, ocupaba las mismas edificaciones que sus patrones, y que existía además un sector de artesanos hacinados en zonas degradadas del centro, en muy precarias condiciones de habitación. Las primeras industrias que habían sido implantadas desde finales del siglo XIX, se habían instalado precisamente en la periferia, especialmente en el Nor-oriente, y en el Sur y el Occidente”<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> TELLEZ, Germán, “La arquitectura y el urbanismo en la época republicana, 1830-40 / 1930-35”, en *Manual de historia de Colombia*, tomo II, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1979, pp. 494.

<sup>15</sup> JARAMILLO, Samuel, *Producción de vivienda y capitalismo dependiente: el caso de Bogotá*, Bogotá, Facultad de Economía, Universidad de los Andes, s.f., p. 70.

Ya hacia el final del período republicano se hizo clara la tendencia de la capital del país a crecer dentro de un eje en coincidencia con las prolongaciones viales del tranvía municipal y con una creciente segregación social según la orientación del eje: hacia el norte, casas espaciosas y aisladas para los sectores más pudientes e hileras de “quintas” más pequeñas para la clase media comerciante; hacia el sur y el occidente, tierras y lotes de menor valor para las clases medias bajas, los núcleos artesanales y obreros que ya no cabían en el centro de la ciudad. “El mundo urbano de las ciudades colombianas se escindió definitivamente en sectores amables y hostiles, ricos y pobres, arquitecturizados y a la buena de Dios”<sup>16</sup>.

El proletario, como personaje propio de la industrialización y por consiguiente de un mercado de fuerza de trabajo y de bienes de consumo que tiende a articularse dentro de espacios urbanos, tiene una presencia tímida e incipiente en el conjunto del país aunque en algunas regiones como Bogotá parece alcanzar un mayor porte. Junto a un artesanado importante, la ciudad presenta algunas empresas industriales que producen cerveza, vidrio, loza, cemento, fósforos y unas pequeñas fábricas de textiles. La fábrica de cerveza Bavaria, todavía tenía en 1910 “muchas hectáreas de campo en torno suyo donde se cultivaba la cebada para producir la bebida, y en un radio no mayor de cuatrocientos metros en torno suyo habitaba un 85% del total de sus trabajadores”<sup>17</sup>.

Los artesanos, que hasta mediados de los años 20 le dan cuerpo a la totalidad de sindicatos del país, se caracterizaron por una alta conciencia profesional siempre dispuesta a la reivindicación de sus intereses laborales. Bogotá fue sede de dos casos de importancia histórica nacional, ambos protagonizados por los sastres: la beligerante manifestación hacia el Palacio Presidencial para protestar contra la importación de uniformes militares, a comienzos de 1919, y la huelga de 1927, sostenida por movimiento similares de solidaridad en varios departamentos. Con todo, los analistas de las tres primeras décadas del siglo no dejan de recordar la relativa escasez de las masas populares urbanas, la poca organización de sus diferentes sectores y la desarticulación de su campo de acción, todo esto entendido desde una moderna auto-conciencia colectiva ya que no dejan de llamar la atención los violentos e inesperados reflejos de rechazo a ciertas situaciones expresados por algunos grupos populares.

Para comprender esto último es necesario recordar cómo desde el Estado, las instituciones religiosas y las clases altas, se habían impuesto desde finales del siglo XIX formas asistencialistas para responder al problema social. Bajo el espíritu moralizador y tradicionalista propio de la Regeneración, el clero, ayudado por las clases pudientes, fundó “instituciones dedicadas al cuidado de indigentes, huérfanos, dementes, delincuentes, para realizar obras de beneficencia y caridad y fundar sociedades de artesanos o de obreros y patronos”<sup>18</sup>. Esta campaña tuvo a su servicio periódicos en Bogotá, *Colombia Cristiana* y *Defensa Católica* por ejemplo, que contribuyeron a crear una imagen fuertemente desvalorizante de las clases bajas como uno de los protagonistas habituales de las crónicas judiciales en aquella época. Según uno de estos periódicos en el pueblo,

---

<sup>16</sup> TELLEZ, Germán, *op. cit.*, p. 496.

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> LLANO, María Clara, CAMPUZANO, Marcela, *La chicha, una bebida fermentada a través de la historia*, Bogotá, Colcultura-Cerec, 1994, p. 67.

“... por regla general, los vínculos de la familia no sólo se han relajado, sino que puede asegurarse que no existen. El matrimonio no es considerado como sacramento sino como autorización de la unión de los dos sexos. La autoridad paternal, despótica y brutal, no se ejerce sino en estado de embriaguez y como el niño no puede valerse por falta de fuerzas, abandona a sus padres en el momento en que puede ganarse la vida con la mendicidad o con el trabajo; la mujer, tan viciosa como el marido no reconoce la autoridad de éste, y los escándalos son diarios entre ellos<sup>19</sup>.”

La cita anterior es parte de uno de los cuatro artículos sobre la mendicidad publicados en *Colombia Cristiana* entre diciembre de 1892 y enero de 1893, causantes de una ola de indignación popular que terminó por configurar “la más grande manifestación de inconformidad urbana del siglo XIX”<sup>20</sup>. Como lo señala Aguilera, los habitantes pobres se adueñaron de las calles de la ciudad desde el 15 al 17 de enero mediante violentas acometidas contra la casa del periodista (tanto éste como el periódico eran parte del engranaje religioso de asistencia y caridad social), instalaciones policiales, viviendas de altos funcionarios, edificios y bienes públicos, casas religiosas y particulares<sup>21</sup>.

Aun cuando sin las dimensiones sociales del motín de 1893, las expresiones levantiscas de los sectores populares de Bogotá reaparecieron en los treinta primeros años del siglo XX y fueron objeto de crónicas policiales tal como lo atestiguan los ejemplos tomados de crónicas publicadas en julio de 1911, octubre de 1917 y octubre de 1922; y los muy específicos motines contra las chicherías de abril y agosto de 1923 y de julio de 1929 de los cuales hablaremos más adelante. En la primera de ellas, día de la fiesta nacional, la insatisfacción por una corrida de toros llevó a la turba a desentablar el circo, acorralar a los 20 agentes de policía que hacían el servicio de vigilancia ordinario para el espectáculo, sitiar el cuartel de policía cercano a la plaza de toros y crear desórdenes hasta altas horas de la noche. Después de dos muertos y numerosos heridos, la intervención de un batallón de la Guardia Colombiana bajo la dirección del propio ministro de Guerra logró calmar la situación. En la segunda, las risas de tres espectadores de una procesión religiosa, llevó a la multitud bajo los gritos de “mueran los herejes” y “viva la religión”, a perseguir a los individuos y empezar a demoler una tienda donde se habían refugiado, hasta que un piquete de la policía logró detener sus propósitos sacrificiales. En la tercera, un operativo de los guardias de la Renta de licores de Cundinamarca contra un grupo de contrabandistas en las cercanías del cerro de Guadalupe, llevó a numerosos moradores del Paseo de Bolívar a juntarse para impedir mediante la violencia el cumplimiento de la acción judicial.

De todas maneras, más allá de la extrema posición de los periódicos cristianos citados y de la sensibilidad reactiva de los sectores populares, el notable sesgo descalificador que sobre la base de las diferencias sociales se hacía desde arriba y hacia abajo, impregnaba la visión de los medios de comunicación escritos sin excluir, por supuesto, la relacionada con las crónicas policiales. Estos registros de sucesos, escuetos y reiterativos respecto de los infanticidios, por ejemplo, llegaban a decir como en un caso de octubre de 1909, que la miseria por haber “llegado a su colmo entre nosotros, seguramente es la causa de que esta clase de crímenes sean los más comunes aquí. Recuérdese que no hace dos días la Policía encontró abandonado en el zaguán de una casa a un niño recién nacido”. Pero que deja de

---

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> AGUILERA, Mario, *Insurgencia urbana en Bogotá*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1997, p. 138.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 156-164.

ser un desmañado apunte periodístico el 12 de noviembre de 1920 cuando el cadáver ya no es encontrado junto a un gallinazo en la orilla izquierda del río San Agustín, en el estercolero de un solar, o bajo el lecho de un rancho recién abandonado sino dentro de una iglesia, cerca de un confesionario, por una anciana ayudante del sacristán que habla en primera persona, con frases elocuentes y conmovedoras. Pero es que, como dice el periodista, “el niño muerto de manera tan cruel presenta aspecto de ser hijo de personas decentes. Es blanco y de perfecto aseo”, lo cual parece ameritar, por lo visto, un tratamiento periodístico más refinado.

Con lo del suicidio, las distinciones de clase hacen también su notable diferencia, esta vez en cuanto a las medidas de compromiso sentimental o de fórmulas de duelo con los dolientes del insuceso. Mientras para los cadáveres ilustres se resalta esta última condición en los titulares y se remata la noticia con un “lamentamos este fatal acontecimiento y presentamos nuestro pésame a los deudos del finado” o “lamentamos este desgraciado acontecimiento”, para los de abajo se emplea un pragmatismo informativo al estilo de “el revólver, que era un Smith y Wesson, se lo había prestado un amigo” o “se cree que fue ella quien suministró el arma a su novio, para el caso de que se quisiera impedir la celebración del matrimonio por la fuerza”.

Otra de las asociaciones desfavorecedoras de la imagen social construida en torno a los sectores populares durante esta época, es la de su afición por la chicha y su correspondiente proclividad al delito. La chicha, una bebida de origen indígena, se arraigó entre los pobres del altiplano al punto de convertirse en la mayor, si no la única, forma de socialización y diversión del pueblo. En las chicherías, además de la bebida, se vendían artículos para el hogar, alimentos preparados y, en algunas, podían ofrecerse juegos como el tejo, el boliche o los bolos. Para el caso de Bogotá, aunque podían encontrarse en muchos lugares de la ciudad, se concentraban en los barrios tradicionales como Belén, Egipto, Las Aguas, Germania, y en los barrios populares surgidos a principios del siglo XX: San Cristóbal, Las Cruces, y las casas de El Paseo Bolívar<sup>22</sup>. Los argumentos individuales e institucionales contra las chicherías fueron de diferente índole: urbanísticos, morales, higiénicos y sociales. Desde lo urbanístico, se criticaba su localización y el estorbo de los consumidores al invadir los pasos peatonales de las calles; desde lo moral, se denunciaban los actos contra la decencia: gente orinando, palabras soeces, gritos e improperios contra los transeúntes. Desde lo higiénico, se repudiaba sus condiciones de desaseo que propiciaban el contagio de las enfermedades y la propagación de eventuales epidemias. Como conclusión,

“... las chicherías producían no solo abandono de hogares y desintegración familiar sino que eran consideradas los principales centros de criminalidad a tal punto que los días que las autoridades lograban cerrarlas, la prensa anunciaba jubilosamente la disminución y en algunos la total desaparición de delitos de sangre, riñas, hurtos y anunciaban una calma total en la ciudad”<sup>23</sup>.

Los crónicas policiales reflejaban muchas de las características objetivas de las chicherías pero amplificaban, también, los prejuicios sobre el carácter causal de estas últimas respecto del deterioro de la calidad de vida en sus entornos geográficos y sociales. El crimen de Eva Pinzón, una humilde mujer “apuñaleada, destripada, descuartizada, cuyo cadáver es

---

<sup>22</sup> LLANO, CAMPUZANO, *op. cit.*, pp. 85-88.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 102.



golpeado contra las piedras”, según el destacado titular del periódico el 23 de abril de 1922 y que siguió ocupando titulares durante tres semanas, no era sólo la denuncia de un acto repudiable sino también la criminalización de una zona de la ciudad donde tales actos parecían ser habituales. Así lo indica el titular del 13 de mayo del mismo año, sobre “Otro crimen en el tenebroso Paseo Bolívar”, que contraponde de modo efectista la “iglesita” de la cual salen de rezar el rosario los esposos Manuel Vicente y Ernestina y el ataque a puñal de que son víctimas al pasar, de camino a la casa, por una cercana chichería. En la “Sangrienta reyerta en el Paseo de Bolívar”, del 22 de mayo de 1923, se hace hincapié en las innumerables chicherías que existen en esa parte de la ciudad, de una de las cuales sale una sangrienta reyerta en la que participan tres mujeres y dos hombres sobre los cuales se extreman las descripciones de las heridas. Pero lo que representaba este sector era, sobretudo, la territorialización de la ciudad según insuperables diferencias sociales, ya que pese a su vecindad del centro de la ciudad (ocupaba las primeras estribaciones de la cordillera oriental) y a su numerosa y densa población, no aparecía en los mapas oficiales:

“... era tan extraño el Paseo Bolívar a las pautas de utilización del espacio de las capas dominantes, que inclusive no se le consideraba ciudad. Los sucesivos gobiernos municipales y los distintos aparatos de poder local hicieron de la erradicación y “saneamiento” del Paseo Bolívar su tarea principal, a lo cual se resistieron ferozmente los habitantes de las zonas involucradas”<sup>24</sup>.

Es importante subrayar que estas y muchas otras crónicas sobre los nefastos efectos de la chicha, coinciden la con los famosos motines populares de los años veinte contra los impuestos decretados por la Asamblea de Cundinamarca sobre el litro de la bebida, lo cual provocó alzas consideradas inaceptables por los consumidores. Estos motines fueron de gran magnitud: el de abril de 1923 congregó movilizaciones de hasta 500 personas que durante dos noches cubrieron toda la ciudad y atacaron 90 chicherías; en agosto se organizó una ofensiva general contra todas las chicherías que llegó a reunir en un solo sitio a más de 600 personas, inclusive muchas mujeres quienes se lanzaron a piedra y palo contra varias tiendas; seis años más tarde, en julio de 1929 hubo, durante tres días, fuertes disturbios a causa de nuevos aumentos sobre los precios de la bebida<sup>25</sup>. Que la chicha y el pueblo fueran sinónimos parece ratificarlo la siguiente cita:

“... la chicha en Bogotá la tomaban los artesanos de todas las gamas, desde aprendices hasta maestros [...], los obreros de grandes talleres y los de fábrica; las sirvientas y los cargadores, los campesinos del mercado, los pequeños comerciantes ambulantes y los dueños de tiendas de barrio, los “chinos” de la calle, las prostitutas, los ladrones, los mendigos”<sup>26</sup>.

Todo, en fin, lo que se miraba con recelo desde la alta torre del Panóptico social colombiano de esa época.

## 2. *después de los años treinta*

La crisis mundial de 1929 fue el reactivo que llevó a nuestro país a un nuevo modelo de desarrollo. Ante la drástica caída de las reservas de oro y divisas y, por consiguiente, de su capacidad importadora, se impuso la necesidad de sustituir importaciones dentro de los

---

<sup>24</sup> JARAMILLO, Samuel, *op. cit.*, p. 72.

<sup>25</sup> LLANO, CAMPUZANO, *op. cit.*, pp. 133-137.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 80.

límites de lo que todavía eran unas débiles bases industriales. Los resultados en los 15 años siguientes no fueron, sin embargo, muy alentadores desde el punto de vista de la densidad productiva y la diversificación industrial: una economía levantada sobre unos pocos sectores de productos de consumo representados por alimentos, bebidas, textiles y tabaco. El artesanado, en consecuencia, siguió ocupando un lugar muy importante: para 1938 el 80% de las 450.000 personas ocupadas en la “industria” pertenecía al sector artesanal<sup>27</sup>.

La Segunda guerra mundial y las nuevas dificultades de importación no llevaron al país a lo que podría haber sido un salto adelante en la búsqueda de una industrialización que ampliara la sustitución de los bienes de consumo e involucrara el renglón de las industrias de base. Pese a algunas visiones favorables a esta alternativa dentro de la dirigencia económica y política, la ya crónica estrechez de la dinámica industrial terminó por hacerle pareja a la supuesta vocación cafetera de nuestro desarrollo. Así fue como, a pesar del rápido crecimiento del período de post-guerra, la diversificación industrial en 1953 era aún muy limitada si se mira la importancia de los sectores tradicionales: las bebidas con un 20 por ciento del valor agregado industrial; los textiles, con un 15 por ciento; los alimentos, con un 19 por ciento<sup>28</sup>. Es sólo a finales de los años 50 cuando se amplía la diversificación de la producción industrial al aparecer, en algunos casos, y desarrollarse, en otros, los sectores de base: acerías, química, electricidad. Entre “1955 y 1957 el consumo total de electricidad aumenta en un 68 por ciento”<sup>29</sup>. De aquí en adelante, la política de apertura a las inversiones extranjeras se consolida dándole paso al proyecto del gran capital internacional para someter, mediante las empresas multinacionales, los proyectos locales de sustitución industrial. Esa es una apertura que le da un gran impulso a la expansión del mercado interno y, en la dinámica de integración económica subsiguiente, crea las bases para la futura incorporación del país dentro de la lógica de globalización capitalista mundial.

El impacto del modelo de desarrollo basado en la sustitución de importaciones tiene un importante impacto sobre el sistema urbano nacional. Las nuevas industrias y las expansiones de las existentes eligen los centros urbanos con sus concentraciones de mano de obra, mercados locales e infraestructura, como los lugares naturales de su desenvolvimiento. Bogotá, la ciudad con mayor volumen poblacional en ese momento, sufre una aceleración en su crecimiento demográfico: “entre 1928 y 1938 tiene una tasa de crecimiento anual de 4.22%, que pasa entre 1938 y 1951 a 5.35% anual, lo cual contrasta con el crecimiento relativamente más moderado entre 1912 y 1928 que solo alcanzó el 3.75% anual”<sup>30</sup>. De este crecimiento demográfico es importante resaltar, por sus efectos en la división social del espacio urbano, las gruesas corrientes migratorias de origen rural resultado de factores económicos y extra-económicos sobre la descomposición de las relaciones sociales tradicionales en el campo.

Con las transformaciones globales de los años 30 se modifica el modelo de organización interna de la capital, uno de cuyos cambios más conocidos es el abandono del centro de la ciudad como lugar privilegiado de habitación de las clases altas y su traslado hacia la periferia. Este movimiento, que se había venido dando de modo paulatino desde años atrás,

---

<sup>27</sup> PECAUT, Daniel, *Política y Sindicalismo en Colombia*, La carreta, Bogotá, 1973, p. 115.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 245.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 251.

<sup>30</sup> JARAMILLO, Samuel, *op. cit.*, p. 68.

se acelera en la década del treinta hasta chocar violentamente con la localización de sectores populares en la periferia de la ciudad y provocar notables resistencias<sup>31</sup>. Es una lucha con antecedentes desde los años 20 que se va a intrincar y exasperar con las nuevas migraciones rurales-urbanas producto de la violencia desatada desde fines de la década del cuarenta. Para el período comprendido entre 1951 y 1964 Bogotá alcanza el mayor ritmo de crecimiento de su historia con una tasa de 7.65 anual<sup>32</sup>.

Sobre la década de los años 60, límite de estas consideraciones, la capital del país es un caótico mundo de exclusiones y autoafirmaciones defensivas dentro del cual los reflejos agresivos empiezan a ser la única respuesta a la creciente inseguridad y a la decreciente calidad en el nivel de la vida ciudadana. La marginalidad de amplios grupos de población hacinados en precarios nudos habitacionales llamados barrios sub-normales, evidencian hasta qué punto la “normalidad” es un privilegio reducido a una estrecha capa de ciudadanos. Una normalidad con un punto cardinal como dirección y espacio de identificación social y urbana, el norte de la ciudad, y una desviación de ese estándar dejada al sur como asiento exclusivo de las capas populares y a algunas zonas del viejo centro urbano donde pululan los inquilinatos.

El panóptico social ha ampliado y diversificado sus recintos sin perder, por ello, la nitidez de sus contornos. La crónica roja no ha dejado de registrar, mientras tanto, los efectos de los cambios sociales en la inveterada comisión de atentados contra el orden y la convivencia ciudadana. El delito es enriquecido por nuevos sentidos y nuevas dimensiones. Véase la emergencia, por ejemplo, de organizaciones delictivas bajo la dirección de famosos capos como es el caso de Papá Fidel, patrón de la fabricación clandestina de licores en los alrededores de Bogotá y jefe máximo de los “cafuches” o contrabandistas, según aparece en una crónica de octubre de 1941; o la delirante denuncia de un sindicato del crimen dedicado a descuartizar bellas mujeres según lo denunciado por una insomne y vigilante mujer de 45 años, el 27 de septiembre de 1941; o la ocurrencia cada vez más frecuente de homicidios aislados por causas políticas, como lo muestran el cruce de disparos entre dos detectives, uno liberal, el otro conservador, y el liberal acuchillado por dos conservadores, casos ocurridos a comienzos de 1939.

Pero el evento más importante del período es el del famoso “crimen del baúl” que enfrentó profesionalmente a los grandes de la crónica policial en 1945: Ismael Enrique Arenas de *El Tiempo*, Rafael Eslava de *El Siglo* y Felipe González Toledo de *El Espectador*. Tal como lo relata este último, doce años después de un crimen semejante en Europa apareció dentro de un baúl, en la bodega de una agencia de transporte de Bogotá, el cadáver de una muchacha de unos 14 ó 15 años. La falta de identidad del cuerpo, los vagos testimonios de los empleados de la agencia, configuraron un misterio complicado con informaciones fantasiosas y sesiones de espiritismo del juez para tratar de descifrar un caso que produjo muchos folletines de prensa y varias investigaciones alternativas a la oficial. Una de estas la adelantó González Toledo quien durante seis meses de crónicas desmontó conjeturas, demostró la falsedad de revelaciones consideradas definitivas y dejó el caso en lo que era desde el principio: un absoluto misterio. Como lo diría el gran cronista, años después, todo ello fue

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 90.

“... un ejercicio de periodismo polémico y novelesco, y sin limitaciones de espacio porque los avisos dejaban el suficiente espacio [...]. Mis escritos presentaban hipótesis, explotaban factores, sustentaban unos planteamientos. La historia quedó en un misterio definitivo y el cuerpo de la muchacha embalsamada, en el baúl de la memoria de quienes leyeron mis historias”<sup>33</sup>.

Fue este uno de los momentos estelares de la crónica roja en el país y uno de los más importantes antecedentes del periodismo investigativo, ya que los artículos de González Toledo se basaron en un cuidadoso rastreo de los hechos, una juiciosa confrontación de hipótesis y unas coherentes conclusiones. Así fue como se inventó la crónica roja en el país pero hay que reconocer que para ello fue necesario, además de las extraordinarias calidades periodísticas de su autor, el hecho de que Bogotá había cambiado tanto que ya no era necesario fantasear e inventarse el crimen. Sólo una ciudad donde eran tan escasas las noticias de policía que los periódicos tenían que inventárselas para satisfacer a sus lectores, explica que todavía en 1935 un periodista judicial entretuviera a sus lectores con la “infancia, juventud y aventuras del grande hampón señor Mediabola” y llegara a crear al delincuente “Rascamuelas”, en cuya búsqueda dirigió batidas el muy real Prefecto de Seguridad de Bogotá, general Alfredo J. De León <sup>34</sup>. O que un jefe de redacción de un importante periódico, el inmenso poeta Porfirio Barba Jacob, se inventara un tenebroso depredador urbano para suplir la falta de “chivas” policiales<sup>35</sup>. Pero la ciudad cambió... y la realidad se impuso con creces a una imaginación que ya parecía cándida.

---

<sup>33</sup> ALAPE, Arturo, *op. cit.*, p. 8.

<sup>34</sup> GONZALEZ TOLEDO, Felipe, *20 crónicas policíacas*, Bogotá, Planeta, 1995, p. 188.

<sup>35</sup> ECHAVARRIA, Rogelio, en Felipe González Toledo, *ibid.*, p. 15.